

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿CUAL LOS MAZOS DEL BATÁN?

Esta popular sentencia, que enseña que los nacidos reemplazan a los fallecidos, y cierto pasaje sublime de la *Ilíada*, en el episodio del combate de Glauco y Diomedes, que viene a significar lo mismo, nos ofrecen un consuelo algo fatalista, al momento en que vemos caer y desaparecer a nuestros semejantes. El divino ciego de Esmirna lo dijo con su sencillez primitiva y su energía jamás superada:

«Como nacen las hojas en los bosques,
también nacen los hombres en la tierra.
Si unas hojas abate al suelo el viento,
otras nuevas la selva brota y cría,
haciéndolas surgir la primavera.
Esto mismo sucede con los hombres.
Una generación ahora se extingue,
y otra después florece...»

Pero... si en el bosque son iguales las hojas que despuntan cada abril..., los hombres — es el privilegio de nuestra raza — salen diferentes. Por eso no puede servirnos de consuelo, ni cosa que lo valga, el pensar que cuando ciertas hojas humanas se van, arrastradas por el cierzo frío del otoño, acudirán a sustituirlas otras hojas muy parecidas a ellas por fuera, y diferentes por dentro... El hombre es una hoja, sí, pero una hoja con alma; «frágil caña, pero caña pensante», que decía Pascal.

Hay generaciones más fecundas, más copiosas de savia que otras; las hay robustas, gigantes, y las hay entecas y pigmeas: ¿quién duda que Alemania, por ejemplo, a fines del siglo pasado produjo una camada de titanes? No comparemos, pues, al juego de los mazos del batán, ni al sube y baja de los cangilones de la noria, este flujo y reflujo del género humano. Los *superhombres* ó *progenerados*, los genios y los semigenios, son un lujo que la naturaleza no despliega todos los días. Después de sacar de su ardiente horno una hornada exquisita, saca otras, sin color ni sabor, mal cocidas y desazonadas. No nos conformemos, no, tan fácilmente, si pierde sus hojas el árbol del arte y de la ciencia. ¡Sabe Dios cómo y cuándo reverdecerá!

* *

Al escribir lo que antecede he estado pensando en D. José Feliu y Codina. Ha muerto este autor, tan simpático y que se había hecho popular tan pronto, dejando un hueco — bien aparente en la literatura dramática, — un vacío visible, como la mella en una dentadura compacta. Nos quedan dramaturgos que ya tienen un pasado gloriosísimo, y todavía no han cerrado el ciclo de su producción abundante y variada — y ya todos los que me leen han adivinado a Echegaray; — nos quedan otros con alientos juveniles y estímulos de triunfos recientes; nos quedan, sí, acaso más en este terreno que en ninguno, mantenedores, ó, como ahora dicen, *campeones* nacionales; pero el lugar que Feliu y Codina se había conquistado era un lugar propio, aparte, definido, característico: tal vez pecaba, ó empezaba a pecar, de esto último: del carácter pintoresco tomado, no como fondo y medio, sino como asunto y fin último del drama. Mas su inteligencia y su buen gusto habrían puesto, a tiempo,

el límite allí donde era conveniente que se pusiese, y lo demás quedaba fiado a su inspiración, a su numen.

Tiempo tenía de reencarnarse, porque Feliu y Codina apenas llegaba a la madurez, y toda su fama se la había ganado desde hará cuatro ó cinco años; desde 1892, en que se estrenó *La Dolores*, perla del teatro de Feliu y del teatro español. Antes de esa fecha, Feliu era un autor estimado, un literato serio, selecto; pero la celebridad no le había salpicado la frente con la espuma de las marejadas impetuosas. Yo había asistido al estreno de *Un libro viejo*, creo que en 1891, y recuerdo que me agradó mucho el primer acto, y en general la traza del drama todo, y lo dije así en el *Teatro crítico*. Soy tan descuidada, que nunca tengo conmigo y a mano mis propios libros, de suerte que no puedo citar el texto; lo que sé es que Feliu y Codina me demostró gran reconocimiento por él, y que al estrenarse *La Dolores* en Madrid mostró empeño en que yo asistiese a la *première*. No me fué posible, y supe el feliz resultado por las alabanzas de la prensa. Sin embargo..., ¿cómo ocultarlo?, estas alabanzas no me impidieron suspender el juicio hasta ver por mis ojos qué era la guapa moza de Calatayud... No es que la prensa yerre por costumbre al elogiar: es que á veces comenta con las mismas frases, al parecer igualmente calurosas y encomiásticas, los verdaderos y espléndidos triunfos y los casi fiascos; es que hay giros y frases hechas con que la benevolencia periodística encubre las derrotas..., y es que, en lo teatral, la resolución definitiva queda siempre encomendada al público. Quise, pues, ver *La Dolores*, y la vi una noche en que estaba punto menos que desierto el teatro de la Comedia. Mi sorpresa, mi emoción fueron profundísimas. Aunque en Feliu y Codina, desde *Un libro viejo*, barruntase yo que había condiciones de dramaturgo, no podía haber adivinado que estallarían en creación tan genial, de una originalidad tan fresca, sentimental y castiza, de un romanticismo realista y popular tan hermoso. Salí del teatro entusiasmada, y poco después escribí de *La Dolores* algo que también tuvo la suerte de contentar a Feliu y Codina. Porque este excelente y malogrado autor (1) era modesto. Su modestia, ciertamente, no consistía en lo que creen muchas gentes que la modestia ha de consistir, á saber: en protestas de inferioridad y nulidad tan exageradas como artificiosas, en una actitud reservada é impasible ante los homenajes de la admiración, en toda esa comedia que debiera haberse desacreditado ya, y no obstante aún arranca aplausos; ¡tan cierto es que á la humanidad se la entretiene siempre con los mismos sonajeros y las mismas lilalias! La modestia de Feliu y Codina se revelaba precisamente en la espontaneidad y complacencia con que acogía el elogio, señal de que no despreciaba la opinión ajena; en lo que le agradecía, señal de que no pensaba que se le debiese de derecho; y en la calma y apacibilidad con que recibía las observaciones, fundadas ó infundadas, demostrando perpetuo afán de adelantar, de perfeccionarse. Era difícil que, después del raro acierto de *La Dolores*, Feliu y Codina encontrase pronto otra joya equivalente. *Miel de la Alcarria* y *María del Carmen* no llegaron a *La Dolores*: se quedaron en fábulas interesantes, aplaudidas, con escenas de mucho efecto, maestras, que demuestran el gran instinto dramático patente ya en *Un libro viejo*. Mas ¿quién podrá asegurar que Feliu no tenía en su imaginación y en su mente repuesto de ideas y fuerza bastante para acertar otras veces del todo, como en *La Dolores* acertó? La gloria dramática de Feliu y Codina germinó tarde, y duró poco: cuatro años apenas disfrutó de la fama, de la consideración, de la popularidad, de esa seguridad moral que presta un primer golpe afortunado. Las obras que produjo después de *La Dolores* tampoco son caídas ni fracasos; y si lo hubiesen sido, eso no supondría que el autor no tuviese preparados brillantes desquites, pues en el teatro, ya se sabe, hay que contar una de cal y muchas de arena. Encantado ahora con la idea del regionalismo escénico, que resuelve tan lucidamente el problema de las decoraciones y los trajes y da forma especial al sentimiento, Feliu emprendería otros caminos, seguiría filones no explotados. El porvenir que ofrecía á Feliu tantas esperanzas, lo truncó una muerte súbita, brutal, una especie de mazazo ó puñalada traicionera... Y los que éramos amigos suyos — amigos de su musa, apreciadores de su carácter, — hemos sentido, al saber la desaparición de este catalán insigne, lo que se siente hallando rota y por el suelo el ánfo.

(1) Es muy frecuente ver usada con risible impropiedad la palabra *malogrado*. El escritor ó el artista que muere después de larga carrera y de dar su coeficiente máximo de trabajo, no puede decirse que se malogran. Feliu y Codina se malogró realmente; mas ¿quién no se asombrará al leer, como yo leí no hace mucho, que Zorrilla fué un poeta malogrado?

ra digna de un museo, el busto trabajado por primoroso cincel... El ingenio de Feliu no había rendido la cosecha que aguardábamos. Cuando hojas así caen de la rama, la tristeza del invierno se apodera de nosotros.

* *

Ya que de autores y de teatros hemos hablado hoy, no quiero omitir una rectificación, enlazada con una de mis crónicas anteriores en que traté de D. Manuel Bretón de los Herreros. Recordaba en aquella crónica el epigrama sangriento que en un momento de impaciencia lanzó contra el autor de *Marcela* el autor de *La muerte de César*, y que empieza así:

«Una víbora picó...»

Pues bien; desde Rancagua (Chile) me escribe un suscriptor de LA ILUSTRACIÓN y lector de mis crónicas, el Sr. D. Patricio Venegas, para decirme, con suma cortesía, que la flor ó sí se quiere el cardo de ese epigrama no nació en el jardín de Ventura de la Vega, sino que fué trasplantado del huerto del poeta francés La Martinière, donde brotó por primera vez en esta forma:

«Un gros serpent mordit Auréle.
¿Que croyez vous qu'il arriva?
O'Auréle eu mourût? Bagatelle:
ce fut le serpent qui creva.»

Me doy prisa á declarar que ignoraba la existencia del epigrama francés, y por lo tanto me contaba en el número de los que creyeron original, y hasta improvisado, el de Ventura de la Vega. Por lo demás, el hecho no me sorprende: bastantes veces, leyendo libros franceses, encontramos en ellos cosas que después, transportadas á nuestro idioma por autores eminentes, pasan plaza de inéditas y nunca oídas. En cierta ocasión leí una crítica que ponía en las nubes una novela corta, muy dramática por cierto, de afamado novelista andaluz; y en lo que más insistía el crítico — francés por señas — era en el carácter *tout à fait espagnol*, castizo, neto, del asunto de la tal novela. ¿Qué diría el francés si supiese que la novela alabada por española no era sino el precioso cuento de Hipólito Lucas, titulado *El clavo*? Para diluirlo y vestirlo con el ropaje de su estilo mágico, no necesitó el novelista á que aludo ni aun saber francés, pues *El clavo* se publicó traducido por A. Magariños Cervantes en el *Museo de las familias* el año 1854. Retorciendo á los autores españoles que escribieron desde mediados del pasado siglo, sale jugo francés á chorros. Se dicen y escriben pestes contra Francia; se invocan los dioses de la patria á cada momento; pero no se evita esa influencia continua, honda, y á la larga (así lo creo), más bien provechosa que letal. Siempre que registremos y escudriñemos la literatura francesa nos admirará la persistencia y magnitud de su influjo irresistible. Lo que menos descubre la acción del genio francés sobre la inteligencia española son, si se quiere, merodeos y pecadillos de menor cuantía como el del epigrama de Vega; de superior importancia me parecen las grandes corrientes que arrastran á un escritor, que lo impregnan de pies á cabeza, haciéndole ser reproducción fidelísima, por supuesto involuntaria é inconsciente, del tipo de otro escritor francés, que ha deslumbrado su fantasía y se ha apoderado de su espíritu. Y este fenómeno se ha visto á cada momento. Aquí hemos tenido nuestros Alfonsos Karr, nuestros condes de Maistre, nuestros Dumas, nuestros Sué, nuestros llorones Lamartines... No hablo sino de lo que ya pertenece á la historia. Eran *pseudos*, pero en muchos resplandecía un talento superior á su molde, cualidades propias, que al fin y al cabo encontraron expresión adecuada y felicísima. ¿Qué culpa tiene nadie de que el pensamiento francés haya sido, desde hace cien años ó ciento cincuenta, más intenso, más rico, más vibrante, más original é innovador que el nuestro, como el nuestro tenía esa misma superioridad en el siglo XVII, y ellos nos imitaban, traducían y copiaban? Ni se crea que hoy dejan de hacerlo ocasionalmente..., y puede decirse, verbigracia (es el primero que se me ocurre) Paul Ginisty...

Queda complacido mi corresponsal chileno, y sepa que en nada puede molestarme, al contrario, el que me digan (y tan respetuosamente) lo que no sé ó me acuerdo, que es harto más de lo que quisiera. El epigrama de La Martinière, al pronto, me sonó á cosa conocida; quizás lo hubiese leído ya sin fijarme en él, á pesar de la coincidencia con el de Vega; pero en plata, tanto monta haber olvidado, que no haber sabido una noticia literaria. Lo único que le falta para llegar á sabio al que ha manejado y revuelto muchos libros, es memoria.

EMILIA PARDO BAZÁN